

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: la noche toledana (tradición).—A la señorita doña Matilde Argüelles Toral y Hevia, en el aniversario de la muerte de su hermana la tierna poetisa Alejandrina (poesía).—En el campo.—Rosa y violeta (poesía).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (continuación).—Revisita de teatros.—Modas.—Explicación del pliego de crochet.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA NOCHE TOLEDANA.

TRADICION.

I.

¿Por qué van los caballeros
Tan apuestos á el alcázar,
Vistiendo trajes de seda
En vez de ferradas mallas?

Después que el poderoso califa de Córdoba, Alhakem I, triunfando de sus rebeldes tios Suleyman y Abdallah, se posesionó por sorpresa de Toledo, dejó en ella de gobernador al joven Jussuf-Ben-Amrú, hijo del astuto Ambroz, alcaide de Medinet-Talvira (Talavera):

Su inesperienza y su orgullo, unido á su natural irascible y severo, le arrastraron á cometer en la ciudad toda clase de vejaciones y arbitrariedades.

Valido de la elevada posición que ocupaba, dió rienda de tal modo á su capricho, seguro de que nadie osaría ponerle diques, que ni la honra ni la hacienda estaban fuera del alcance de sus tiros.

Pero Toledo, que, como todos los pueblos, asemejase sobremanera á los rios que corren tranquilos y serenos mientras que ningún obstáculo se opone á su marcha, pero que se encrespan y desbordan en momento que se trata de contenerles, cansado de sus desmanes se lanzó á la insurrección, y, asaltando á pedradas el alcázar del tirano, hirió y destruyó á los guardias que osaron oponérsele.

El joven wali, sobrecogido de espanto, sin valor para ponerse al frente de sus servidores y rechazar con las armas á los rebeldes, trató solo de buscar en la fuga un asilo seguro.

Pero este medio era irrealizable: los patios, los jardines, los pórticos y las inmediaciones del alcázar se veían llenos de una inmensa muchedumbre que pedía rugiente y airada la cabeza del tirano.

En tan crítico momento, y cuando ya el wali

contemplaba perdida toda esperanza, la gente principal de la ciudad, olvidando generosamente las ofensas recibidas, se arrojó á la calle, logrando, no sin grave esposicion, calmar los irritados ánimos; conjurando de este modo la terrible tormenta que estallara sobre la cabeza del orgulloso gobernador.

De agradecer era el noble comportamiento que acababan de tener los prohombres toledanos, y confiados estaban ellos que tan severa leccion serviria de saludable enseñanza á Jussuf para en lo sucesivo.

Pero su recto juicio les engañó, y como las almas mezquinas son incapaces de nada grande, el despótico walí, al ver desaparecer como por ensalmo el peligro, creyó que el miedo á su persona, ó el temor del castigo del califa, habia sido solo la causa de tan repentino cambio.

En esta creencia, resolvió tomar venganza de los principales cabezas del motin, olvidando la leccion recibida, á semejanza de los que, al ver las rosadas tintas de la aurora, olvidan el efecto que produjo en sus ánimos durante la noche una horrible pesadilla.

Entonces los mismos nobles y principales que le prestaron ayuda en su aficcion, disuadiendo á la plebe de su intento, se pusieron á su cabeza, y atacando y tomando el alcázar, redujeron á prision al walí, y despues de encerrarle en la fortaleza de Jadraque, escribieron respetuosamente al califa solicitando su destitucion.

Camino de Pamplona alcanzó el mensajero de Toledo al poderoso Alhakem, haciéndole entrega de la peticion de la ciudad.

El califa, leído que hubo la carta, se la mostró al padre del apresado walí, á quien llevaba siempre consigo, diciéndole:

—Mi fiel Ambroz, mira cómo los habitantes de Toledo me representan contra tu hijo solicitando su deposicion.

Peligroso y espuesto es continúe al frente de aquel gobierno, donde, perdida la confianza y contando solo con la animosidad de los habitantes, solo encontrará ya disgustos y resistencia.

¿Qué te parece, pues, que hagamos en este asunto?

—Acceder, señor, á la peticion de los toledanos, respondió Ambroz sin vacilacion alguna.

Mi hijo es jóven é inesperto, y no reúne, por lo tanto, el tino y las cualidades necesarias para regir una ciudad donde el genio de la insurreccion forja sin descanso las armas que levanta en las ocasiones oportunas contra la frente egregia de sus soberanos legítimos.

Así, pues, si mis muchos servicios y mi lealtad acrisolada pesasen algo en vuestro ánimo, yo os suplicaria que me encomendáseis el encargo de reemplazar á mi hijo en aquel punto.

Yo conozco sobradamente el carácter de aquellos inquietos moradores, y yo os aseguro, señor, que mas importantes servicios podria prestar á vuestro trono en aquella plaza, donde se albergan aun muchos decididos parciales de vuestros tios, que en medio de las lides y de los combates, en donde valen ya bien poco mi cansado brazo y mi natural endeble.

—Tienes razon, Ambroz, replicó el califa, sin sospechar las ocultas miras que movian al viejo alcaide de Talavera á hacer su pretension.

Y aunque siento mucho privarme de tus consejos separándote de mi lado, comprendo también que harto me tienes servido: así, pues, hoy partirás para Toledo, llevando la orden de libertad para Jussuf y su nombramiento de alcaide de Tudela.

—Gracias, señor.

II.

Corria el año 190 de la egrira, 805 de Jesucristo.

El jóven Jussuf, puesto en libertad, partió á la frontera á encargarse de la alcaidía de Tudela, y su astuto padre se encuentra ya rigiendo los destinos de Toledo.

Al llegar á la ciudad la nueva de su nombramiento, una terrible sospecha se alzó en el ánimo de sus habitantes, que conocian demasiado bien el carácter terrible y sanguinario del viejo walí.

Y todos, sin distincion de clases, creyeron que su venida era solo para tomar venganza del desaire hecho en la persona de su hijo.

Pero Ambroz, que reunia á su perversidad de alma la mas refinada astucia, conoció el estado de los ánimos, y para poder conseguir su objeto escondió tan cumplidamente en el fondo de su corazon sus in-

tenciones de venganza, que nadie pudo traslucirlas.

Para calmar la escitacion producida por su nombramiento, se mostró tan liberal, tan generoso y tan complaciente con los nobles que destituyeron á su hijo, que continuamente los admitia en su consejo, consultándoles en los mas arduos negocios.

Con este modo de obrar, con esta refinada astucia, las sospechas desaparecieron completamente, y una ilimitada confianza reemplazó á la agitacion primera.

Preparado de este modo el terreno, pasó cerca de la ciudad el jóven Abderraman, hijo del califa, que con un ejército de cinco mil lanzas se dirigia, de órden de su padre, á la España oriental.

Entonces Ambroz, que vió en esto una ocasion oportuna para realizar sus vengativos planes, salió á su encuentro y le rogó que descansase en Toledo algunos dias.

Accedió el jóven príncipe á las reiteradas instancias del gobernador, y, penetrando en la ciudad con una escogida escolta, se hospedó en el alcázar.

Contando, pues, con el auxilio de tan poderosa hueste, el vengativo Ambroz llevó á cabo del modo siguiente su infernal designio.

Dispuso un suntuoso banquete en honor del regio huésped, y convidó á la fiesta á los caballeros mas nobles y principales.

La hora designada sonó, y los prohombres toledanos, sin abrigar el menor recelo, acudieron desarmados, haciendo gala de sus mas ricos trajes, al palacio del astuto gobernador, quien, introduciéndolos separadamente en una estancia preparada al efecto, fue saciando en ellos su venganza arrancándoles la vida.

Al siguiente dia, un espectáculo horrible se presentó á los ojos de los aterrados toledanos, que contemplaron, mudos de espanto, clavadas en las almenas del alcázar las cabezas de cuatrocientos caballeros.

Este infame asesinato, conocido con el nombre de *La noche toledana*, ó *la matanza del foso*, tuvo lugar, segun aseguran algunos autores, en un edificio que se encontraba enclavado en el barrio de Montichel, y este suceso fue la causa de la aversion que desde muy antiguo profesa la gente á aquella parte de la

ciudad, llegando la prevencion hasta tal punto, que cuando uno se comprometia á dar á otro casa ó morada, se estipulaba que no habia de ser en semejante barrio. Tal es la impresion que dejó para siempre en la memoria de los toledanos el recuerdo de aquella sangrienta y terrible noche.

JULIAN CASTELLANOS.

A LA SEÑORITA

DOÑA MATILDE ARGUELLES TORAL Y HEVIA,

en el aniversario de la muerte de su hermana la
tierna poetisa Alejandrina.

¡Llora, llora, pobre niña,
no ocultes tu amargo llanto!...

¡Feliz el que en su quebranto
puede lágrimas verter!

¡Feliz aquel que en su pecho
un mar de ternura anida!

¡Hay tanto duelo en la vida!

¡Hay tan escaso placer!

¡Y las lágrimas del alma
son balsámico rocío,

néctar santo!... ¡Del impío,
mudo, horrible es el dolor!

¡Qué fuera del alma bella
en el sepulcro escondida,

si el postrer ¡ay! de la vida
fuese el último de amor?

¡Será tan grato al que more
do ya vano error no zumba,
ver prosternado en su tumba
al que fue ser de su ser!

¡Y quién mas digna de llanto
que la hermana que perdiste!

¡Que la hermana á quien ¡ay triste!
jamás volverás á ver!

¡Alma pura y candorosa,
de virtud sublime foco,
que el mundo teniendo en poco,
buscó otro mundo mejor!

¡Oh mi Matilde! ¡Qué importa
que aquí falte un peregrino,
si hay un arcángel divino
junto al trono del Señor?

Cuanto la vieron la amaron,
y á sus padres bendijeron.
¡Todos lágrimas tuvieron
para regar su ataúd!
¡Duerma en paz!... ¡Y si rendirla
quieres mas bello tributo,
teje el manto de tu luto
con las perlas de virtud!

No te afanes en cubrir
sus tristes despojos yertos
con frágil rosa... ¡Á los muertos
mejor se honra haciendo el bien!
Y allá en su mansion dichosa
de tu Alejandrina el alma,
guardará gloriosa palma
para ceñirla á tu sien!

Haz que tus virtudes bellas
á sus virtudes escedan:
¡amantes padres te quedan,
ámalos tú por las dos!
¡Sé el báculo... sé el sostén
de su tardo paso!... ¡El hijo,
á quien su padre bendijo,
halla siempre amparo en Dios!

¡Llora, pues, pero tan puro,
tan suave ha de ser tu llanto,
que no turbe el gozo santo
de su espíritu inmortal!
¡Llora, sí... pero pensando
que es ella la dulce egida
que te escuda de la vida
en el tránsito fatal!

ANGELA GRASSI.

Madrid 5 de abril de 1864.

EN EL CAMPO.

I.

La heredad de la P..., cerca del puente de B..., en la provincia de Valencia, está situada en el vértice del ángulo casi recto que al bifurcarse forma el inmediato río.

El misterioso impulso que guía las aguas ha abierto caprichosamente un ancho cauce cubierto de piedras por las avenidas del río, pero que en tiempo normal es un camino cuyos tortuosos giros siguen los errantes cazadores y los ganados trashumantes al bajar de lo alto, vagando tan libremente como las aguas.

Las festivas aldeanas de los próximos caseríos, al retirarse á su hogar después de las faenas del campo, pasan por aquella parte del edificio, suspendiendo quizá su alegre canto para saludar cortesmente á los moradores de la quinta.

Por el lado derecho de esta tuerce el otro ramal del río, atravesado á corta distancia por la antigua carretera á que pertenece el puente de B... Una abandonada venta subsiste aun al otro lado del camino, por el que apenas transitan tardos arrieros ó pesados carruajes.

Son estos, sin embargo, los menos, porque paralelamente á la carretera, lanzándose sobre costosos puentes y escondiéndose bajo asombrosos túneles, vese á determinadas horas cruzar rápido el clamoroso tren, que, manchando el cielo azul con negro humo, vuela á perderse tras la colina próxima.

Tan variado cuadro presentábase á mis ojos, y principiando por admirar la belleza del paisaje, concluyeron por ver algo mas que la hermosa perspectiva en aquellos tres caminos, símbolos de tres distintas edades.

Aquel paisaje, con el enigmático lenguaje de las imágenes, hablaba algo mas que á los sentidos.

Como Nabucodonosor en sueños, veia yo en la realidad otro coloso de diferentes metales.

¿Qué significaban aquellos tres caminos?

II.

El primero de ellos, construido tan solo por la naturaleza, representábase la vida patriarcal de nuestros mayores, la nómada de sus hijos y la pastoril soñada por los poetas.

Ya me imaginaba un antiguo patriarca establecido al acaso en el lugar donde le brindaba una fuente ó un bosque, señalar con venerable mano á

los hijos de sus hijos el sendero que ante ellos abría el Ser Supremo, y bendecir á las dilatadas familias que, como el agua desbordada de la fuente, se desparrramaban por la llanura.

Ya figuraba en mi mente una de aquellas familias que, bajando del manantial como el agua, seguía la senda abierta por la corriente de su hermano el río.

El río, como hermano mayor, era el guía y cuidadoso compañero de viaje.

Su murmullo, al llegar la noche, les adormecía bajo la improvisada tienda, y su cristal, bruído por los primeros rayos del sol, era el espejo en que las jóvenes veían retratadas sus gracias al refrescar sus rosadas mejillas con el agua cristalina, ó al prender en sus cabellos la aun no entreabierta flor nacida en la ribera.

El canto de las aves, á los que no desvelaban cuidados de amor, les despertaba para proseguir la interrumpida marcha y cuando ya el sol, en la mitad de su carrera, hacia reposar á los jóvenes, cansados de abundante caza, bajaban junto al agua los sedientos pajarillos, cayendo en los lazos de los pequeñuelos, mientras todos se preparaban para un sabroso banquete bajo la copa de los frondosos árboles.

III.

Pero aquella edad dichosa desapareció por la fuerza del progreso.

Dígalos si no el camino real sin piedra y sin escombros.

El representa aquella edad mas avanzada en que los Reyes pensaron por fin en la comodidad de su pueblo, dándoles mejoras públicas que los condenados á trabajos forzados ejecutaban á costa de sus vidas.

Pero

que haya un cadáver mas, ¡qué importa al mundo!

¡Cuántas generaciones de esclavos no habían costado ya las vías romanas, y aun con menos utilidad las Pirámides de Egipto!

¡Oh! ¡indudablemente que dichas épocas fueron épocas de progreso!

Esa hoy desierta carretera me hace retroceder un

par de siglos, y al ver pasar á la caída de la tarde algunas reposadas cabalgaduras, que por la distancia y por ser entre dos luces no se distingue si son jumentos, imagínome un pretendiente de alguacilazgo, algun oidor en desgracia de la corte, ó algun familiar del Santo Oficio que, con su séquito de pajes y de dueñas, se dirigen á la corte, á donde llegarán, Dios mediante, dentro de diez ó doce dias de jornada.

Puéblome la abandonada venta de maldicientes rufianes y de gentes lugareñas contando consejas al amor de la lumbre, mientras tienen lugar los escamoteos del ventero y los deslices de la maritornes, representando un cuadro de Theniers ó una escena del Quijote.

Ó figúrome la pesada diligencia envuelta entre nubes de polvo, dando vuelcos y causando contusiones, cuando no es detenida por los clásicos bandoleros á lo Gil Blas, y casi siento que hayan pasado aquellos tiempos en que, si tan mal se viajaba por España, tambien, en cambio, de ello se escribía por españoles, como sin duda lo fue el ignorado autor del Santillana.

Mas al iluminarse el cuadro, en vez de los famosos aventureros que imaginaba ver dejando un rastro de sus proezas, distingo una pareja de guardias civiles, lo que si es una garantía de seguridad pública, es un efecto de muy poco gusto literario.

IV.

¡El tren! Esa es la imagen de nuestra época.

Por el elevado terraplen que se distingue en segundo término va á pasar rugiendo la locomotora, arrastrando un pueblo ambulante sin libertad de accion.

¡Va á pasar! Una mujer uniformada, tal vez como lo están en los ferro-carriles del N., con el brazo levantado indica al monstruo de fuego que *puede pasar adelante...* ¡y ya ha desaparecido!

De esa seña puede pender la vida de muchas personas: no se diga, pues, que la mujer no ejerce cargos importantes en la sociedad.

Segun las leyes, no puede tener potestad sobre sus

propios hijos; pero, según los ferro-carriles, la podrán tener sobre los ajenos, como según la Constitución la tiene sobre un reino.

Ya no es el pesado aspecto de una venta, es una pequeña pero elegante casita de estilo inglés la que se levanta junto á la vía. Dos ventanas entre dos puertas, lo necesariamente altas para que parezcan tales, forman el frontis, pintado de color de rosa, símbolo de la felicidad, y con un tarjeton sin rótulo, como una dicha sin nombre...

Desde luego destruiria todo el poético efecto un letrero que dijese CABO Y GUARDAS DE LA VÍA en la DEMARCACION... tal ó cuál. Pues aquella casita que apenas parece capaz para habitacion de un individuo, lo es, sin embargo, de dos familias.

¡Pobres gentes! La estrechez del sitio está en armonía con la estrechez de recursos.

Así es nuestra época; la elegancia y el buen gusto en la fachada; ¡en el fondo... la miseria!

¡Cuántos hombres de nuestra época son del mismo modo; ¡distincion en el porte, ciego en el corazón!

Ese tren conduce en algunas horas á Madrid, á Paris, á las grandes capitales de Europa, pero suprime los valles, borra instantáneamente los paisajes, no se detiene ni un momento ante las bellas perspectivas.

La vida de nuestra época es la vida de los grandes centros; por eso el campo es el *fastidio*; el idilio no pasa de ser una broma, ó, como ha dicho la moda, una *guasa*.

Felices y felicísimos tiempos aquellos, dice Cervantes á la edad que yo llamaria de dicha, pero que han dado en llamar *de oro*.

¡Como si la felicidad fuera el dinero!

Podrá llegar el día en que la plata valga mas que el oro, pero de seguro nunca valdrá mas que la felicidad.

El oro en la actualidad está en baja, y la felicidad parece, por el contrario, que está en alza.

En la edad de oro creo que no se apreciaria el oro en tres cominos.

Protesto, pues, desde el fondo de mi alma contra esa arraigada tendencia de hacer al oro símbolo de todo lo bueno.

También la estatua de Nabucodonosor tenia la

cabeza de oro, como símbolo del mejor reinado, ¡y los pies eran de barro.

En las tres imágenes que tengo á la vista, si la primera se llama de oro, la segunda bien podrá decirse de piedra.

Pero la tercera, la actual, la de los ferro-carriles, ¡oh! esa nadie podrá negar que no es de barro.

¡Es de vapor, es de humo!

R. FERRER Y BIGNÉ.

Heredad de la Punta (Mogente), 1863.

ROSA Y VIOLETA.

Orilla de los arroyos
mas transparentes y azules,
al par de los abedules,
al par del sauce lloron,
suele nacer de esmeraldas
envuelta en fresco tesoro,
la blanca flor que yo adoro,
la flor de mi corazón.

Crece á su sombra, enlazada
la raíz á sus raíces,
la púdica flor morada,
símbolo del puro amor;
y rival de sus perfumes
añadir suele á su encanto
el gentil pálido manto
de la soberana flor.

Mas ¡cuán modesta y discreta
la augusta rival imita!
busca en sus hojas secreta,
oscura y fresca mansion:
pebete oculto, consagra
su perfumado tesoro
á la blanca flor que adoro,
la flor de mi corazón.

Y ella, la pálida hermosa,
reclina airosa y discreta
sobre la gentil violeta
sus botones sin color;
y del aurá al vago impulso
de la aurora á los cambiantes,
su ancho manto de brillantes
dá ala dulce y linda flor.

—
¿Veis? Aquesa de hojas tersas
y perfumadas y bellas,
que de las muertas doncellas
se mezcla al puro blason;
la blanca rosa del valle,
la de corola de oro...
¡esa es la flor que yo adoro,
la flor de mi corazón!

LEON DE LA VEGA.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del
Campillo.

(Continuacion) (1).

Mi compañero habló de este modo:

—Mas tiernos, mas amables, mas contentos y cariñosos que nunca seguian Arturo y Sofia, cuando una mañana de verano se apeó en el puente levadizo del castillo un garzon que cabalgaba furioso alazan ricamente enjaezado, y vestido todo él de ropa negra con apiñadas bordaduras de seda.

Este garzon, que, á juzgar por lo que despues se ha sabido, era un paje del gran duque de Bohemia, penetró en el castillo sin pedir permiso á nadie; y no sabemos lo que al tio de Sofia diria, mas si nos consta que en mal hora llegó aquel paje para los jóvenes amantes, pues pronóstico fue de todas las desgracias que á entrambos acaecieron; pues lo cierto

es que, desde el momento que apareció en Peroniel el infausto mensajero, no se vió á la hermosa Sofia ni aun siquiera asomarse á las ventanas; ni á su tio salir aquella tarde á pasear con D. Nuño, como de costumbre tenia; ni ella vino á esta Cruz donde, como siempre, la esperaba anheloso el apasionado Arturo. Hay mas: aquella misma noche, entre una y dos de la madrugada, cabalmente cuando el hijo de D. Nuño estaba cantando con su laud las quejas de su alma en el balcon de su dormitorio, llegó á las puertas del castillo, con mucho estrépito de perros, de pajes y caballos, una comitiva en coche, compuesta de dos ó tres ricos-homes con gran séquito de criados.

Esta comitiva, que tanto asombro causó en la aldea al dia siguiente de su arribo, penetró en lo interior del castillo, y la infeliz Sofia, cual si se hubiera sepultado en el abismo, no volvió á dejarse ver por parte alguna.

Muchas y diferentes cosas murmuraban los aldeanos acerca de aquella venida, porque á todas horas del dia, y aun de la noche, entraban y salian en el castillo los pajes con grande agitacion, como si asuntos muy importantes se ventilaran dentro de sus murallas; pero el hecho es que el pobre Arturo esperimentó un sentimiento tan profundo, que en pocas horas perdió las carnes, mudó el color, y una tristeza roedora se apoderó de su corazón.

Entonces conoció el infeliz mancebo cuánto amaba á Sofia, porque es muy cierto, segun cuentan, que nunca se despierta tan fuerte el amor en nuestro pecho, como en el instante mismo de arrancarnos de junto al ser que lo produce.

—Es una gran verdad, respondí yo; por eso van errados algunos padres incautos que quieren separar con frias reflexiones á sus hijos del objeto á quien se inclinan, pues no hacen otra cosa, sin conocerlo, que encender en ellos mas y mas la abrasadora llama del amor, que sin oposicion alguna tal vez un dia llegaria á extinguirse bajo el manto del hastío ó de la monotonía.

—Dice V. muy bien, respondió mi compañero: Arturo comprendió desde luego que todo aquel aparato se encaminaba únicamente á robarle á su Sofia; y la pasion que desde su infancia habia germinado

(1) Véase el número anterior.

en su pecho se desarrolló entonces ni mas ni menos que como V. ha dicho, semejante á una llama abrasadora que lo devoraba.

El desgraciado vagaba por todas partes sin saber qué hacerse; despues de mil ideas encontradas, despues de largos instantes de terrible lucha, se atrevió por fin á entrar en aquel castillo, donde tantas veces habia entrado en tiempos mas venturosos; pero un paje le dijo que habia orden espresa de que nadie traspasara aquella puerta, y el malhadado jóven se volvió atras afligido.

Los aldeanos conocian la triste situacion de su señorito; pero los pobres no podian hacer otra cosa que compadecerlo y sentir con él.

Mas ¿para qué he de molestar á V. con tan minuciosos detalles? prosiguió mi compañero; caminaremos ligeros al desenlace.

Una mañana en que Arturo estaba solo en su habitacion, sentado en el sofá, con los brazos reclinados en el pasamanos, y la cabeza escondida entre los brazos, se presentó D. Nuño, cerró la puerta, y se sentó á su lado.

Arturo levantó los ojos llorosos, y entre padre é hijo se cruzó este diálogo:

—¿Has llorado, Arturo? le dijo el padre.

—No, señor, respondió Arturo asustado; yo no lloro nunca.

—Sí, hijo mio, tus propios ojos te venden; tú has llorado, y tus lágrimas no avergüenzan á nadie: en ciertas ocasiones tambien al hombre le es concedido llorar: llora, hijo mio, llora cuanto quieras, que si el mundo empieza ya á acongojarte con su dolor, aun tienes un padre anciano que enjugará tus lágrimas con cariño.

Los ojos de Arturo se humedecieron de nuevo, y descorazonado escondió la frente entre las manos.

—Hijo mio, prosiguió su padre: hora es de que hablemos con franqueza; hora es de que terminemos un asunto que me aterra. Me despedaza el alma tener que hablarte así; pero solo á un padre ha concedido Dios estas misiones: ¿tendrás valor, hijo mio, para escucharme?

—Nunca el valor faltó á la noble estirpe de don Nuño, respondió Arturo mirando á su padre con rostro desenchajado.

—Es que la guerra terrible del hombre, respondió D. Nuño, no es la que el hombre traba con otro hombre, es la que el hombre traba consigo mismo; es la que la razon sostiene contra su corazon: lucha horrenda, porque nace y estalla dentro de nuestro propio pecho.

—Es verdad... murmuró Arturo afligido; y si el valor me faltara en esta lucha horrenda, ¿qué haria este infeliz?

—Volar á los brazos de su padre cariñoso.

Y el afligido Arturo escondió su frente en el tierro regazo de su anciano padre.

—Sí, hijo mio... prosiguió este conmovido, cuando Arturo se hubo separado de él: tú amas con delirio á una jóven; yo me he gloriado durante muchos años de tu amor; pero ahora es forzoso que renuncies á esa pasion.

—¿Por qué? exclamó Arturo encendido como la grana.

—Porque tú eres un pobre hidalgo de aldea, y esa jóven, desconocida hasta hoy, es una elevadísima señora.

—¿Qué decís?

—La verdad, hijo mio. El alma se me parte al expresarme así, pero es nada menos que la hija del gran duque de Bohemia.

—¿Mentira! eso no puede ser; no hagais caso, padre, de las habladurías de la aldea.

—No son habladurías, hijo mio; son la verdad pura.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Arturo sofocado.

—El hombre que hasta hace cuatro dias ha estado pasando por tio de Sofia.

Arturo se estremeció al oir el nombre de Sofia.

—¿Pues cuándo le habeis visto? preguntó luego.

—Me ha escrito una carta, respondió el padre.

—¿Y qué os dice en ella? Decídmelo todo por piedad, nada me calleis...! exclamó el jóven abatido.

—¡Oh!... nada te callaré, contestó D. Nuño con marcada pena, porque es forzoso que todo lo sepas; es necesario que te prepares á agotar la copa de la amargura, y si tu pecho, virgen todavia, no tuviera bastante fuerza para sobrellevar tanto dolor, este anciano y curtido pecho te ayudará á sufrir...

—¿Qué os dice esa carta?... murmuró Arturo sofocado.

—Me dice, respondió el padre con voz entrecortada, que Sofia es la hija única y heredera del gran duque de Bohemia: que, comprometido este duque en la guerra de Flandes, la envió á España para ponerla á salvo de cualquier incidente que pudiera ocurrirle; pero hoy que ha vencido el duque de Anjou, y el duque de Bohemia ha vuelto á su abadía de Francia, ha venido en persona por su hija para abrazarla y llevársela á vivir en su compañía.

Arturo exhaló un doloroso suspiro.

—Hay mas, prosiguió el padre; el duque de Bohemia ha ajustado ya las bodas de Sofia con el marques de Smirch, coronel polaco que mandaba un regimiento que militaba en la misma division con que el duque de Bohemia entró en Flandes.

Estas espresiones fueron un rayo, que dejaron yerto el corazon de Arturo.

—No puedo mas, padre mio; exclamó el joven, pálido como un cadáver.

—Pues ármate de valor, hijo mio, porque aun no has recibido el golpe cruel.

—¿Cuál es? preguntó desencajado.

—Que el marques de Smirch hace cuatro dias que está en Peroniel.

—¿Dios mio! murmuró Arturo.

—Que antes de otros cuatro dias se marchará con Sofia, prosiguió el padre; pero que, cuando salgan de esta aldea, Sofia será ya su esposa.

Arturo quedó sin fuerzas, exhaló un doloroso suspiro, y dejó caer la frente sobre los muslos de su padre.

Su padre levantó al cielo sus ojos suplicantes.

Y en este estado se deslizaron entre ellos largos instantes de silencio.....

—Adios, hijo mio, te dejo solo, dijo D. Nuño separando de sus rodillas la abatida frente de su hijo, y levantándose del sofá con arrogancia. Adios, Arturo; despliega tu pecho el valor suficiente para vencerse á sí mismo; demuestra con tu serenidad á esos magnates que, si no eres tan rico como ellos, eres tan valiente como el duque de Bohemia y como

el marques de Smirch, pues sabes presentar tu rostro sereno al infortunio.

Y frunciendo las cejas con ademan de orgullo, salió de la habitacion.

Entonces Arturo se echó á llorar con amarga desesperacion.

¡Ay lectora!... ¡las lágrimas de la mujer son perlas destiladas de matinal aurora; pero las lágrimas del hombre son corrientes de hiel, que abrasan cuanto tocan; son gotas de sangre hirviendo, que esprimen á la fuerza de un corazon aun vivo!...

En esto se abrió la puerta del aposento de Arturo, y apareció un aldeano con una carta en la mano, quien, despues de saludarle respetuosamente, le dijo:

—Señorito, al pasar junto al castillo he visto un pañuelo que me hacia señas desde una reja; me he acercado, y era la señorita Sofia, quien me ha entregado este papel para V.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA:

La primavera.—Estrenos de Pascua.—El público y las empresas.

Estamos en plena primavera.

Un cielo diáfano y puro, un sol radiante, una brisa fresca y consoladora, tales son los dones que empieza á prodigarnos el florido mes, para alegría y alborozo del oprimido espíritu.

Resucitó Jesus y resucitaron las flores. ¿Hay algo comparable á estos dos magníficos poemas de los tiempos que se reproducen todos los años en la fragante cuna del abril?

Aquellas mañanitas serenas y perfumadas que tan divinamente supo celebrar el númen de Calderon; aquellas noches de céfiro leve, con luna y estrellas, que embelesan á los niños y estasian á los amantes, se sucederán sin interrupcion hasta el ardoroso estío, velando con su sombra protectora los idilios inefables de aquellas almas que gustan de la soledad

y del misterio para consagrarse sus cultos y sus adoraciones.

¡Bendita sea la primavera!

Ante esta divinidad encantadora, ante esta hada benéfica que viste de rosa y esmeralda y que se presenta distribuyendo sonrisas y bendiciones en torno del hombre, muere la tristeza y renace la alegría, acaba la noche y empieza la aurora: arroja la bruma el horizonte y se quitan las montañas su diadema de nieve: brota la flor, corre el arroyo, gorgoea el ave, bulle el insecto, y á compás de esta soberana reaccion de la naturaleza elevan á Dios las criaturas sus cantos de alborozo, salmodia ferventísima, cuyos ecos forman coro á los torrentes de la vida universal que descienden á raudales de los cielos.

Gocemos de las delicias de la primavera, ya que el invierno de la vida humana suele ser por desgracia demasiado largo.

La Castellana, el Retiro, el Botánico y la plaza de Oriente, nos ofrecen magníficos refugios para saborear los primores de la estación.

La Castellana, con especialidad á la hora del sol poniente, ofrece una perspectiva maravillosa, cuya contemplación no podrá menos de hacer brillar como carbunclos los ojos soñolientos del ente menos impresionable.

Es un espectáculo al cual se asiste grátiis, y por lo mismo no vacilamos en recomendarle á nuestros lectores.

Aquel arabesco admirable, especie de jardín de Armida, donde á cada paso descubre el observador algun detalle ó accidente del despilfarro oriental, se ve constantemente favorecido por una concurrencia numerosa, formada en su totalidad por lo mas escogido del público madrileño.

Asisten allí diariamente esas beldades aristocráticas de mirada altiva y frente severa, cuya hermosura tiene algo de augusto, rivalizando con las obras mejores de la estatuaría por lo esbeltas, y acaso tambien por el hielo que se aposenta en sus corazones. Tampoco faltan esas otras beldades bulliciosas de quince á veinte años, cuya juventud, estrañamente decorada por los arreboles y matices de un pudor hechicero, se ostenta envuelta en una muelle nube de encajes, blondas y cachemiras, perfumadas de

azahar, y llevando en la frente el genio de la alegría, de la locura y de la música. El sexo fuerte tiene allí tambien sus representantes, personificados en los hombres de mas importancia. No faltan, pues, los *petits lyons* del gran mundo, los *dandys*, los *dilletanti*, los habiecas, los haraganes y los tontos.

Los teatros nos han ofrecido en Pascua algo nuevo y nada bueno.

El de Novedades puso en escena una comedia en tres actos nominada *Los Habitantes de la luna*, escrita por tres ingenios, y anunciada con elogios intempestivos por mas de tres periódicos.

Estos *habitantes de la luna* no han conseguido mas triunfo que el de fastidiar y hacer perder la paciencia á los habitantes de Madrid, mereciendo tan pobre recibimiento, que, asustados sin duda del desden de los terrícolas, volvieron grupas hácia su planeta, cantando bajito aquello de la zorra de la fábula: *No están maduras*.

Pocas veces hemos visto en la escena española una obra tan deshilvanada, tan falta de sentido común, tan desabrida.

En vano pretendimos buscar en ella la forma, el asunto y los caracteres: ni una sola condicion que revelara ingenio y talento, ni una sola pincelada de efecto que pudiera atenuar el mal gusto de sus chistes, lo destartado del plan, las estravagancias y chocarrerías del diálogo, el desaliño del estilo, la mezquindad de la fábula. Examinada esta producción á la luz del criterio recto, no se puede contemplar en serio, ni salva los límites de un engendro mediocre y baladí, por cuya razon merece descansar en el lecho de polvo del olvido. La empresa ha sacrificado 8,000 duros para decorarla con toda propiedad, y aunque deploramos sinceramente que este enorme sacrificio haya producido resultados tan estériles, no podemos menos de censurar su poco acierto en la elección de la obra, que ha debido ser encomendada á autores mas competentes.

En el coliseo del Circo tuvo lugar el beneficio de Teodora con la representación de *La Campana de la Almudaina*, drama en que raya á tan grande altura, y en el que desplegó como siempre sus grandes dotes artísticas.

En Jovellanos se verificó tambien en la Pascua el

estreno de una zarzuela de magia nominada *Los Dioses del Olimpo*, arreglo del francés de una ópera bufa que tiene por título *Orfeo en los infiernos*.

Ni el libreto ni la música se han identificado con el gusto del público, razón por la cual no ha sido nada satisfactorio el éxito de la obra.

Es lamentable el cuadro que ofrece la escena española en el presente, y nos parece que no será nada halagüeño en el porvenir. El público se retrae cada vez mas del teatro, y aunque las empresas se han esmerado poco para acarrear las simpatías, hay notable injusticia en ese retraimiento, que sirve como de testimonio á la decadencia de nuestra vida intelectual y moral. Algunos de nuestros coliseos, totalmente desiertos, se han visto precisados á cerrar sus puertas; y, á escepcion del del Príncipe, que ha tenido la fortuna de adquirir una magnífica producción, todos los demas acabarán por cerrarlas de un día para otro, amenazados de una ruina inevitable.

Á estos extremos, y á otros mas dolorosos que han de sobrevenir, han contribuido, por una parte, la exigua laboriosidad de nuestros autores, las disensiones íntimas de los actores, que propenden cada vez mas á separarlos, y, en último término, los desaciertos de las empresas, que, á decir verdad, no han seguido el mejor sistema para fomentar sus intereses con beneplácito del público.

Es muy posible que Romea no trabaje en la temporada próxima: Teodora sale de Madrid definitivamente, y Arjona tambien. Preguntamos ahora: ¿Qué nos queda si esto sucede? ¿Hay actores que puedan llenar el vacío que dejan los otros? Creemos sinceramente que no, y esto aun considerando á Matilde Díez como una honrosa escepcion.

Mientras el teatro se derrumba en la esfera artística, pretendemos levantarle en la monumental, sin tener en cuenta lo estéril del sacrificio, cuando no se pueden subsanar las causas que contribuyen á su aniquilamiento, postracion y ruina. Cuestion es esta que hemos de tratar con la seriedad y discernimiento que reclama su importancia, y por lo mismo cerramos hoy estas columnas esperando á mejor ocasion.

L. A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Siguiendo atentamente las exigencias y las variaciones de la moda, es imposible no dejarse seducir por las mil encantadoras novedades que derrama con profusion en el mundo aristocrático.

Lo mas esencial en la actualidad son los trajes de primera comunión. Nada de lujo ni de adorno; la moda se conforma con el parecer de los señores curas de Paris, que condenan, con justa razon, sus esfuerzos en semejante circunstancia. Nuestras jóvenes, pues, se vestirán sin lujo aparente, sin elegante esmero.

Este año se emplea la muselina de seda en vez del organdí, porque dicen que este nuevo tejido es igualmente sencillo, sólido, y se sostiene mejor.

Se autoriza la gran cintura, á condicion de no guarnecerla, pues deben evitarse cuidadosamente todas las tentaciones de la fantasía, y no dejarse llevar por diferente ruta. Los cuerpos podrán tener un ruche alrededor del cuello, algunos bullones en lo alto de la manga, que terminará por otro ruche de tul de seda en conexión.

Un lindo modelo se compone de un gran pliegue en el bajo de la falda, con tres plieguecitos iguales en el intervalo que separa el primero de otro de la misma anchura, que estará igualmente superado de otros tres pequeños. La misma disposicion se varia del modo siguiente: un ancho pliegue de veinticinco centímetros, tres encima, y otro gran pliegue superado por otros siete en disminucion.

Otro bajo de falda, compuesto de siete pliegues aproximados, separados por un espacio libre; segundo grupo separado del mismo modo, y la tercera serie solamente de dos.

Las gorras tambien ofrecen gran novedad.

Citaremos, desde luego, la forma Maintenon, ejecutada en muselina de seda fina y sedosa. El fondo redécilla lo divide un travesaño, y se guarnece de malines. El delantero, adornado de encañonados igualmente guarnecidos de encaje, elevados en diadema, y mezclados de lindos lazos azules ó rosa. Tambien he-

mos visto otras gorras-berets, cuyos fondos están atravesados por valencienes y guarnecidas de otro modo.

Las gorras de noche se ejecutan tambien con mucha elegancia. Las hay sumamente coquetonas con fondo cortado por encajes y bordados. El travesaño se destaca del fondo, formando brida en la barba; las bridas se guarnecen en la punta. Otras formas red-cilla se adornan de un cuadrado encajonado, de un rico valencienne encañonado. Las bridas vienen anudándose por detras, segun los nuevos modelos.

Con respecto á los fichús, los hay deliciosos para reuniones de confianza. Suelen ser puntiagudos delante y detras, con vueltas descendentes, sin cruzarse, y fijados al talle por un grueso lazo de terciopelo.

El fichú Postillon se compone de tres cabos delante y tres detras; es de muselina y valencienes. Los pequeños jockeys se guarnecen de encaje.

La pelerina Van-Dyck es tambien muy coquetona; forma cuadrada en el delantero, y compuesta de blonda blanca y negra, con entredoses iguales, y un doble volante negro y blanco en los contornos: permanece un poco entreabierto por delante, y las mangas están en conexion.

Vamos á elegir adornos de sociedad confeccionados en terciopelo punzó, sobre el que se destaca un ala de nácar rodeada de albohales, acompañados de cocas de terciopelito y de una caída de las mismas flores.

Puffs de rosas de mayo dispuestas sobre un gran cabo de terciopelo negro, y con una cola dando vuelta por detras.

Prendidos de terciopelo compuestos de un penacho igual, con mazorca de lilas blancas y dos rosas. Capullos, insectos y mariscos acompañan á todos estos adornos, como de precisa obligacion.

Designaremos algunos sombreros maravilla de gusto y elegancia.

Uno de crespon rosa, recubierto de tul blanco bordado y guarnecido de una blonda y de una mazorca de rosas colocadas por dentro y por fuera.

Otro de crespon blanco adornado de un entredos negro enlazado de cinta alrededor del copete. Ambos cabos de la barba descienden sobre el bavolet, y un haz de avena de terciopelo verde completa el adorno

exterior. En el interior rosas cercadas de encaje negro.

Los sombreros de crespon perlado se adornan de marabouts nacarados. Las plumas lloronas guarnecen con éxito los sombreros de media estacion.

No podemos concluir sin dar una ojeada sobre los espléndidos tejidos que adopta la flor de la clientela, siempre pronta á recoger las novedades que reúnen todas las condiciones de la suprema elegancia.

Los magníficos *moirés* son de maravilloso efecto. Los matices son tornasolados y de una tinta indecible. El traje Junon está cubierto de plumas de pavo. Lo hemos visto color de salmon, tornasolado de blanco, ó verde con idem, y así consecutivamente.

Los tafetanes chinés Luis XV, con rayas de raso color *violine*, ofrecen maravillosas disposiciones sobre fondos blanco, maiz ó azul Isly.

Pous-de-soie violeta de Parma, atravesados por listas escocesas sobre fondo blanco.

Otros blancos rayados de *violine*, Habana, verde y camafeo.

Una serie de telas sencillamente á cuadros camafeo en todos colores.

Basta por hoy: otro dia designaremos aun unos lindos sombreros y algunas fruslerías para jóvenes.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE CROCHET.

El precioso dibujo que repetimos con este número es una guarnicion de crochet que puede servir para sábanas, cortinas, almohadones y otros varios usos.

Nuestras suscriptoras recibirán tambien con este número la segunda lámina de *La Pastora del Guadalupe*.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.